"El general en su laberinto": Historia y ficción

George R. McMurray
Universidad Estatal de Colorado

La gran mayoría de las novelas de García Márquez están basadas en realidades históricas de Colombia o Latinoamérica. *La hojarasca* dramatiza acontecimientos relacionados con el auge bananero en Colombia entre 1903 y 1928; *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* tratan de *la violencia* en Colombia durante los años cincuenta; los aspectos de la historia colombiana en *Cien años de soledad* han sido documentados en numerosos estudios; varios dictadores latinoamericanos y sus actos de tiranía componen la trama de *El otoño del patriarca*; y la vida en Cartagena a fines del siglo diecinueve y a principios del siglo veinte está descrita en *En el amor en los tiempos del cólera*. A diferencia de las anteriores, la última obra de García Márquez, *El general en su laberinto*, es una verdadera novela histórica, de la cual es protagonista Simón Bolívar, el libertador de la vasta región que hoy día constituye Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

En mayo de 1830, muriéndose de tuberculosis y completamente desilusionado, Bolívar salió de Santa Fe de Bogotá para la Costa Atlántica, anunciando su intención de terminar sus días en Europa. Murió el 17 de diciembre del mismo año, poco tiempo después de llegar a la ciudad costera de Santa Marta. Aunque la acción de primer plano de esta novela consiste en una narración lineal del arduo viaje de Bolívar "hacia la tumba", numerosas retrospecciones evocan recuerdos de todas las etapas de la vida del protagonista, desde su niñez en la finca de su familia cerca de Caracas hasta su educación, sus visitas a Europa, su breve matrimonio y, lo más importante, sus hazañas políticas y militares antes del año de su fallecimiento.

En la sección titulada "Gratitudes", García Márquez le da al lector una idea de sus exhaustivas investigaciones antes de escribir su relato de los últimos días de Bolívar. En típica prosa garciamarquiana, dice que "durante dos años largos me fui hundiendo en las arenas movedizas de una documentación torrencial, contradictoria y muchas veces incierta..." (1). También admite que no habría podido terminar su manuscrito sin la ayuda de historiadores, bibliógrafos, políticos, escritores, lingüistas, geógrafos, astrónomos, científicos, y hasta un tipógrafo-descendiente de Bolívar que reside en México. La parte final del libro, titulada "Sucinta cronología de Simón Bolívar", informa al lector sobre los principales acontecimientos históricos de la época.

El lector simpatiza con Bolívar, por lo menos en parte, por la fuerte admiración y empatía que siente García Márquez por su héroe. Como el autor, Bolívar era un costeño que nunca se sintió a gusto entre los cachacos.

1. Gabriel García Márquez. **El general en su laberinto.** Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1989, p. 272. En adelante las citas de la novela serán seguidas por los números de las páginas de esta edición.

Otras características suyas incluyen su generosidad (Bolívar nació rico pero murió en la pobreza porque regaló su dinero y propiedad a su familia y a sus amigos), su honradez (decretó la pena de muerte a cualquier oficial público que robara más de diez pesos), su afecto por los animales (sobre todo los perros), y su fuerte sentido de justicia (deploraba la práctica de fusilar a los prisioneros de guerra, y una vez, en un baile de gala, bailó con uno de sus generales porque éste, por su piel oscura, fue rechazado por una dama de la aristocracia local).

Pero cuando era necesario, Bolívar tomaba severas medidas punitivas como, por ejemplo, cuando ordenó el fusilamiento del general Manuel Piar, uno de sus oficiales más valientes, después de que un tribunal militar lo declaró culpable de deserción, insurrección y traición. Es probable que García Márquez también comparta algunas de las actitudes de Bolívar hacia los europeos que esperaban que los latinoamericanos adoptaran modelos de gobierno europeos y, al mismo tiempo, que alcanzaran la estabilidad política. Esta idea la expresa un pomposo francés, Diocles Atlantique, en una fiesta en honor de Bolívar celebrada en el pueblo de Zambrano. Ardiente admirador del imperio de Napoleón Bonaparte, Atlantique afirma que los americanos deberían seguir el ejemplo de Bonaparte y establecer una monarquía en todo el continente. Bolívar rechaza la idea de una monarquía en la Nueva Granada, y para asombro de su interlocutor, presenta los siguientes argumentos: "...si una historia está anegada de sangre, de indignidades, de injusticias, ésa es la historia de Europa... Así que no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer... no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil... ¡Por favor, carajos, déjennos hacer tranquilos nuestra Edad Media!" (pp. 131-32).

Si la novela tiene un villano, es el general Francisco de Paula Santander, hombre que incorpora muchas características que detestaba Bolívar. Un arrogante cachaco de la clase pudiente, Santander no sólo encabezó un fallido golpe de Estado contra Bolívar en septiembre de 1828, después del cual fue desterrado a París, sino que también derrocó al gobierno de la Nueva Granada poco tiempo antes de la muerte de Bolívar. En contraste con Santander, el general Antonio José de Sucre, el héroe de Ayacucho, era uno de los hombres a quien Bolívar más admiraba, tanto por su competencia militar como por su probidad administrativa. Pero el modesto Sucre rechazó la oferta de Bolívar de hacerlo presidente y declaró su intención de volver a Quito a vivir con su familia. Cuando murió asesinado poco tiempo antes de la muerte del Libertador, fue un golpe durísimo para éste.

Muchas otras figuras históricas desempeñan papeles prominentes en la obra. Manuela Sáenz, a quien Bolívar conoció en Quito en 1822, le salvó la vida durante la ya mencionada conspiración de 1828. Ella fue una valiente y fogosa mujer que apoyó lealmente a Bolívar hasta el fin de su vida y que en la novela proporciona momentos cómicos. Entre muchos otros personajes que también aparecen en los libros de historia están el general Antonio Páez (un llanero venezolano más admirado por su capacidad militar que por su lealtad a Bolívar), el general Mariano Montilla (uno de los oficiales más leales a Bolívar), y Joaquín Mosquera, quien fue elegido presidente cuando Bolívar dejó el poder. Otro personaje interesante es Agustín de Iturbide, hijo del recientemente ejecutado emperador mexicano y el edecán más joven de Bolívar. Un talentoso cantante, Iturbide divertía al Libertador en sus momentos más penosos.

Bolívar recuerda varias de las creaciones anteriores de García Márquez. Como el coronel de *El coronel no tiene quien le escriba*, se destaca como un tenaz e incorruptible luchador por la justicia, una especie de héroe absurdo que continúa luchando contra las adversidades más abrumadoras. Nos recuerda al coronel Aureliano Buendía cuando, durante uno de sus ataques de desilusión, contempla la destrucción de la guerra y declara, "¡Qué cara nos ha costado esta mierda de independencia!" (p. 176). Y aunque Bolívar está menos enajenado que el patriarca, su poder y sus momentos de soledad —leemos que al acercarse a la finca donde murió, "sintió la brisa saturada de melaza caliente, y sucumbió a las insidias de la soledad", p. 254)— evocan

los temas principales de *El otoño del patriarca*.

Pero son sobre todo el estilo y la estructura de este retrato histórico los que hacen de él una fascinante y poéticamente elaborada obra de ficción. Aunque el viaje de Bolívar desde Santa Fe de Bogotá hasta Santa Marta puede trazarse en una línea directa (la última página del libro es un mapa esquemático de este último viaje de Bolívar), el texto está cargado de elementos novelísticos tales como *flashbacks*, *leitmotivs*, paralelos, contrastes, prefiguraciones e hipérbole, todos los cuales sirven para expandir sus dimensiones, realzar su unidad estética e involucrar al lector. Como otras novelas de García Márquez, *El general...* empieza con una oración genial que no sólo capta la atención del lector, sino que también recuerda uno de los cuentos más populares del autor. ("José Palacios, su servidor más antiguo, lo encontró flotando en las aguas depurativas de la bañera, desnudo y con los ojos abiertos, y creyó que se había ahogado"). No sorprende que el fin describa la muerte del protagonista. Pero la última oración, como la primera, resulta ser un ejemplo intrigante de "restricted intertextuality", es decir, una oración que trae a la memoria otra obra —en este caso *Cien años de soledad*— del mismo autor: "Entonces cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salve de las seis en los trapiches, y vio por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campánulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse".

Tal vez los *leitmotivs* más obvios sean la visión de Bolívar de una América hispánica unida y, con el fracaso de esta perspectiva, su creciente desilusión y temor a la anarquía. Como el Libertador le explica a un emisario, "...el enemigo estaba dentro y no fuera de la propia casa. Las oligarquías de cada país, que en la Nueva Granada estaban representadas por los santanderistas, y por el mismo Santander, habían declarado la guerra a muerte contra la idea de la integridad, porque era contraria a los privilegios locales de las grandes familias" (p. 205). Bolívar también se siente desgarrado entre sus ideales humanitarios y la necesidad de mantener la disciplina entre sus tropas y de solidificar su apoyo. Este aspecto de su carácter se revela en un episodio ya mencionado y que ocurre en Soledad, un pueblo donde pasa más de un mes, de camino a Santa Marta. El 16 de octubre su valet José Palacios lo encuentra llorando por el fusilamiento del general Manuel Piar ("el acto de poder más feroz de su vida"), acontecimiento que también ocurrió el 16 de octubre, pero trece años antes, en el pueblo de Angostura. En Soledad, desde su ventana que da a la plaza, Bolívar ve "un pleito de gallinazos por las piltrafas de un perro muerto", cuadro que refuerza su memoria del fusilamiento porque antes de llevar a cabo su orden, "el jefe del pelotón había hecho recoger las sobras de un perro muerto que los gallinazos se estaban comiendo". Esta dolorosa evocación del pasado por una escena semejante del presente termina cuando, "con un suspiro de alivio", Bolívar declara, "Volvería a hacerlo" (pp. 232-34).

El constante empeoramiento de la situación política tiene su paralelo en las frecuentes alusiones al deterioro de la condición física de Bolívar mientras viaja por el Magdalena hacia la Costa. No solamente se describe su sufrimiento (fiebre, alucinaciones y violentos ataques de tos) sino que también se refiere, tal vez hiperbólicamente, a su disminución de estatura, algo que recuerda a la vieja Ursula en *Cien años de soledad*. Otra causa de aflicción para Bolívar es el enterarse de que cuando sale de los pueblos donde ha sido alojado, sus anfitriones queman los muebles y entierran los cubiertos que ha usado para comer por miedo a contagiarse de su enfermedad incurable. Y tal vez para subrayar la atmósfera de desintegración y ruina que prevalece, García Márquez describe los asolados pueblos donde viudas y niños de soldados muertos viven en la pobreza y, en el caso de Cartagena, donde un perro rabioso anda por las calles cerca de las aguas contaminadas del puerto.

En contraste con la sombría presencia de la muerte y las enfermedades, la gente de los pueblos a lo largo del Magdalena saluda a

Bolívar con fiestas espontáneamente organizadas, una indicación de su afecto y aprecio. También en un tono de contraste se relatan los encuentros del Libertador con mujeres (era famoso por sus aventuras amorosas), algunos de los cuales evocan conmovedores momentos de su carrera. Ejemplo de esto es, entre otros muchos, el sorprendente encuentro en Honda con Miranda Lyndsay, a quien había conocido en Jamaica unos quince años antes. En aquella ocasión ella lo había invitado a una cita nocturna, que resultó ser platónica, porque quería salvarlo de un atentado contra su vida. Y en efecto, el hombre que durmió en la hamaca de Bolívar aquella noche fue asesinado de una puñalada. Otro encuentro, que Bolívar recuerda al llegar a Mompós, fue con una momposina de alcurnia llamada Josefa Sagrario, quien, en una noche oscura, se disfrazó de monje franciscano y llevando puesta una pesada coraza de oro, usó la contraseña "Tierra de Dios" para engañar a los guardias y llegar hasta el cuarto de Bolívar. Cuando Bolívar "quiso llevarla en brazos a la hamaca, apenas si pudo levantarla por el peso del oro. Al amanecer, después de una noche desmandada, ella sintió el espanto de la fugacidad, y le suplicó que se quedara una noche más... Se quedó diez y fueron tan felices que ambos llegaron a creer que de veras se amaban más que nadie jamás en este mundo" (pp. 122-23).

Uno de los aspectos más intrigantes del carácter de Bolívar, y fuente, además, de tensión dramática, es su deseo, expresado en varias ocasiones, de renunciar a todos sus derechos al poder y de salir de la Nueva Granada —usualmente dice que para irse a Inglaterra— y, sin embargo, su incapacidad para decidir hacerlo. El atentado contra su vida dos años antes de su muerte fue obviamente un severo golpe tanto para él personalmente (frecuentes alusiones al atentado enfatizan su amargura) como para sus planes de unificación del continente, pero incluso en la víspera de su anunciada partida de Santa Fe de Bogotá en mayo de 1830, todavía tiene la esperanza de ser reelegido presidente de la Nueva Granada. Durante este último viaje a la Costa Atlántica, él se refiere repetidas veces a su necesidad de conseguir un pasaporte y el permiso del Congreso para salir del país, pero aun después de recibir los documentos necesarios, sigue demorando su partida. Y en su lecho de muerte todavía sueña con conquistar Riohacha y Maracaibo, este último, baluarte del conservadurismo, para preservar la unidad de Venezuela y la Nueva Granada. Como ya he sugerido arriba, hay algo absurdamente heroico en este febril, moribundo guerrero cuando, sólo unos días antes de su fallecimiento, expone a un grupo de sus oficiales "cómo iban a reconstituir desde sus orígenes y esta vez para siempre el vasto imperio de sus ilusiones" (p. 257).

Además de su estructura artística, *El general...* da muestras abundantes de imágenes poéticas, especialmente metáforas y oximorones, y sueños rayando en lo fantástico, todos reminiscentes de obras anteriores de García Márquez. Por ejemplo, en una ocasión Bolívar recuerda que "regresó de las áridas guerras del sur abrumado por la mayor cantidad de gloria que ningún americano vivo o muerto había merecido jamás..." (p. 48). Para describir las hazañas militares del Libertador, a pesar de su precaria salud, el autor escribe que "no hubo una agonía más fructífera que la suya" y que después de la batalla de Junín, Bolívar "fue feliz en Lima como nunca lo había sido... con la embriaguez de la gloria" (p. 25). Aunque sufre de insomnio, Bolívar se duerme al dictar cartas o al jugar a los naipes. "El mismo no sabía muy bien si eran ráfagas de sueño o desmayos fugaces, pero tan pronto como se acostaba se sentía deslumbrado por una crisis de lucidez. Apenas si lograba conciliar un medio sueño cenagoso al amanecer, hasta que volvía a despertarlo el viento de la paz entre los árboles" (p. 33). Para evitar resfriarse, Bolívar llevaba un gorro de seda y "de noche se ponía la caperuza colorada, pero apenas si lograba mitigar los soplos helados del desaliento" (p. 217). Las lluvias de octubre le parecían tan interminables que "la humedad empezaba a abrir grietas en la memoria" (p. 238). Y sus campañas en Venezuela están descritas en términos de paradoja, una de las favoritas figuras retóricas de García Márquez, como "el drama entero del ejército libertador, que muchas veces resurgía engrandecido de las peores derrotas y (que), sin embargo, esta-

ba a punto de sucumbir bajo el peso de sus tantas victorias" (p. 87).

A menudo los febriles momentos de delirio de Bolívar expresan su amarga desilusión en imágenes poéticamente simbólicas. En una ocasión recuerda un feliz período de su vida en París y luego, "Veinte años después, absorto en la magia del río, moribundo y en derrota,... se preguntó si no tendría el valor de mandar al carajo las hojas de orégano y de salvia, y las naranjas amargas de los baños de distracción de José Palacios, y de seguir el consejo de Carreño (uno de sus generales) de sumergirse hasta el fondo con sus ejércitos de pordioseros, sus glorias inservibles, sus errores memorables, la patria entera, en un océano redentor de cariaquito morado" (p. 139). Angustiado y desesperado, Bolívar entonces contrasta la llegada a América de Colón con su inminente partida del continente. Recordando una oración en el diario del descubridor ("Toda la noche sentí pasar las aves"), se imagina que bandadas de pájaros están volando por encima de su barco. Luego en el fondo del río ve "unos peces enormes extraviados entre las estrellas del fondo", e inmediatamente después "se sintieron las primeras ráfagas de la podredumbre del nordeste. No era necesario verla para reconocer la potencia inexorable que infundía en los corazones aquella rara sensación de libertad. '¡Dios de los pobres!', suspiró el general. 'Estamos llegando'. Y así era. Pues ahí estaba el mar, y del otro lado del mar estaba el mundo" (p. 140).

Aunque esta visión puede interpretarse en más de una manera, la considero como una metáfora de la conciencia de Bolívar de su propio fracaso y de su visión pesimista del futuro. Así, los pájaros, al principio un símbolo de esperanza, son reemplazados por "peces extraviados" (ideales perdidos) y "ráfagas de la podredumbre del nordeste" (vestigios del legado político español) que plagaría a la América hispánica del siglo diecinueve después de la Independencia. Para el pobre (y desafortunado) hispanoamericano, "aquella rara sensación de libertad", es decir, libertad de la dominación de España, surge como un espíritu divino ("Dios de los pobres"), pero este espíritu no es nada más que un engaño porque la libertad real todavía está por ganarse. Finalmente, con su afirmación, "Estamos llegando", Bolívar parece anticipar el viaje por mar "al otro lado", símbolo de escape, de purificación, o, dado su extremo desánimo, de olvido.

El uso de la prefiguración en García Márquez —otra de sus estrategias para estructurar su obra de ficción— es ilustrado por un episodio que ocurre poco tiempo antes de la partida de Bolívar de Santa Fe de Bogotá. El Libertador ha pasado varios días en una finca cerca de la ciudad, donde Manuela lo visita diariamente, trayéndole las últimas noticias y los chismes políticos. El día de las elecciones presidenciales, las cuales Bolívar ha estado siguiendo con muchísimo interés, da su habitual paseo matutino, esperando que el Congreso decida devolverle el poder presidencial. Pero al caminar por una calle desconocida, Bolívar es de repente golpeado en la cara por una bosta de vaca. Más tarde ese mismo día, después de haber rechazado alimentos a causa de su preocupación con la agenda política, el Libertador recibe el golpe decisivo que precipita su partida de la capital, es decir, la mala noticia de que Joaquín Mosquera, un hombre de pocos méritos, ha sido elegido presidente.

García Márquez es conocido por su gusto por la hipérbole, cosa que en *El general...* no sólo produce efectos cómicos y carnavalescos, sino que también hace resaltar la naturaleza ficticia de la obra. Un ejemplo divertido de esta técnica retórica es la descripción del séquito de Manuela Sáenz cuando ella viaja de Lima a Santa Fe de Bogotá para juntarse con Bolívar: "Esta vez Manuela necesitó de más tiempo para que él (Bolívar) le permitiera seguirlo, pero cuando por fin lo hizo fue una mudanza de gitanos, con los baúles errantes en una docena de mulas, sus esclavas inmortales, y once gatos, seis perros, tres micos educados en el arte de las obscenidades palaciegas, un oso amaestrado para ensartar agujas, y nueve jaulas de loros y guacamayas que despotricaban contra Santander en tres idiomas" (p. 161).

En el último capítulo de la novela Bolívar llega a Santa Marta desde donde, diez días antes de su muerte, lo llevan a San Pedro Alejandrino, una finca cercana. Aquí, tal vez en su última conversación coherente con su mé-

dico, el moribundo protagonista le proporcionó al autor el título perfecto para su obra. "Carajos", suspiró. "¡Cómo voy a salir de este laberinto!" (p. 269).

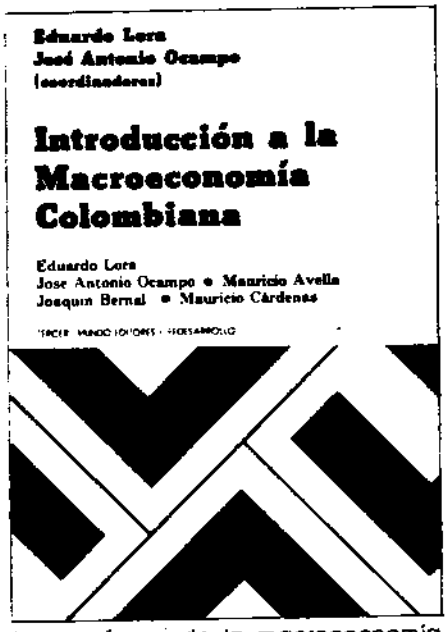
El general en su laberinto se destaca como una ingeniosa mezcla de biografía y ficción, dando como resultado un absorbente retrato trágicamente humano y magistralmente estilizado de una de las más importantes figuras de la historia. Es comprensible que García Márquez tenga a su protagonista en gran estima, pero se puede especular que, dados los problemas monumentales con los que se enfrenta Latinoamérica hoy, el autor colombiano también comparte el punto de vista pesimista de Bolívar con respecto al futuro del continente. Sean los que fueren los sentimientos que haya tenido García Márquez al escribir su primera verdadera novela histórica, sus poderes creativos no dan la menor indicación de estar disminuyendo (2).

---

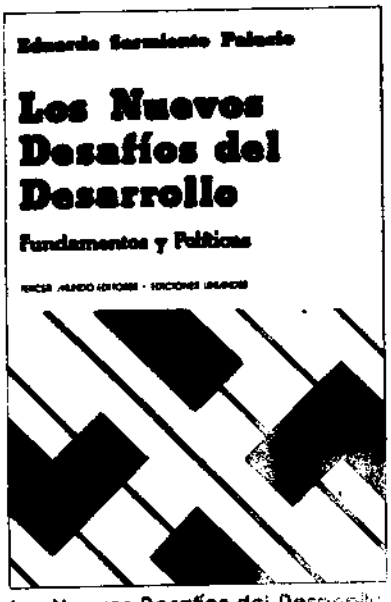
2. Con el permiso del editor de la **Revista de Estudios Colombianos**, una versión en inglés de estas notas sobre **El general en su laberinto** aparecerá en **Confluencia** a fines del año 1989.

COLECCIÓN DE ECONOMÍA

Los autores precisan un concepto fundamental en la teoría económica clásica, cual es el de trabajo productivo, dentro de un proceso de discusión del marxismo que se lleva a cabo en el mundo académico anglosajón y que recurre a rigurosos análisis empíricos, en franco diálogo con corrientes ricardinas y poskeynesianas; por otro lado, ambos se preocupan por comprobar con un manejo estadístico riguroso los postulados teóricos previamente despejados.



La enseñanza de la macroeconomía ha estado orientada en Colombia por textos escritos en el mundo anglosajón. En contraste con la abundancia y diversidad de obras extranjeras, son contados los libros introductorios dedicados a estudiar el funcionamiento de la economía nacional. La presente obra cumple ese propósito.



Los Nuevos Desafíos del Desarrollo pretende llenar el vacío existente entre la teoría predominante y la realidad. Inicialmente identifica algunos elementos distintivos de la economía colombiana y examina su relación con el conjunto del sistema económico. Luego elabora una serie de recomendaciones sobre la organización económica y la política para propiciar un modelo de alto crecimiento con equidad.

TERCER MUNDO EDITORES
Calle 69 N° 6-46
Tels: 217 67 56 - 249 98 24 Bogotá-Colombia

M&SS
12159 S.W. 132 Court
Tel.: (305) 25
Miami, Florida 33